

## De la Secularización al Neopaganismo

Pablo Capanna, Laico  
Profesor de Filosofía, Buenos Aires

“... Pero ten presente, cuando te trasciendas, que estás trascendiendo el alma racionante. Dirígete, pues, a aquello de donde parte la luz misma de la razón”. San Agustín. *De Vera Religione*, c. 39.

Hace ya unos quince años que arribó a nuestras playas el tema de la secularización. Protagonista de una de las tantas modas filosófico-teológicas que tan rápido hemos visto pasar, nos llegó a través de polémicos libros protestantes, como los de Harvey Cox y J.A.T. Robinson.

Muy pronto, el problema atrajo a la intelectualidad católica y, junto con los efímeros entusiasmos, también dejó un sedimento de reflexión seria. La secularización, de la cual también nos hablaban los documentos conciliares, parecía iniciar “una nueva era” (*Gaudium et Spes*, 54); representaba la consumación de la Modernidad, la instauración de una cultura secular autónoma dominada por la pura eficacia técnica, sin apertura a otra trascendencia que no fuera aquella (figurada) de la Historia.

La aceptación ingenua de este proceso como un *datum* inevitable e irreversible, siguiendo una actitud que se remontaba a *La Difunta Cristiandad* de Mounier, motivó algo así como una reacción de pasividad resignada (cuya más clara expresión está en *La Ciudad Secular* de Cox) que sólo parecía dejar una puerta abierta para los cristianos en el mundo secularizado: la militancia política.

En efecto, pronto le sucedió toda una “teología de la esperanza”, que a menudo venía enancada sobre la filosofía “elpídica” del marxista disidente Ernst Bloch, y que a duras penas superaba la dimensión histórica horizontal.

Una vez más, los cristianos pensantes —aquellos que no se abroquelaban en un tomismo dogmático o cedían a un maurrasianismo incrédulo— reaccionaban con el mismo sentimiento de culpa y auto-desvalorización con que habían “respondido” a generaciones de liberales, socialistas y marxistas, sin que el renacimiento neotomista de Maritain o Gilson hubiera logrado atraerlos. Acataban el estilo de pensamiento propio del mundo secular, tratando en el mejor de los casos de “bautizarlo” (como ya había ocurrido con el existencialismo), cuando no de mimetizarse asumiendo su lenguaje; trataban, en definitiva, de hacerse perdonar por haber sido alguna vez “antiprogresistas”.

En América Latina, por otra parte, se produjo un fenómeno reac-

tivo diferente. El renovado interés por la religiosidad popular, con todo lo que tuvo de valioso para una Iglesia que a menudo había pecado de elitismo, se dio acompañado por filosofías y teologías de "la liberación", que a menudo no eran más que expresiones de resentimiento y envidia frente a las metrópolis, donde sus autores habían estudiado. Este proceso produjo una especie de repugnancia por considerar siquiera el tema de la secularización.

En todo caso, ésta era un fenómeno propio de las sociedades "imperiales" y si se manifestaba entre nosotros, se trataba simplemente de una malévola injerencia extranjera que la "liberación" sociopolítica se encargaría de aventar.

Sólo se trataba de preservar nuestra "cultura popular" supuestamente incontaminada por varios siglos de "retraso". Esta actitud partía de una expresión de deseo: suponer que el pueblo latinoamericano, por haber estado marginado del progreso secular, fuera más auténticamente cristiano. A lo sumo, podía haberse dicho que preservaba mejor las virtudes preevangélicas de una cierta "religión natural"; por otra parte, la amalgama efectuada con el sustrato cultural indígena y los componentes africanos presentaba varios grados de compromiso, cuando no de sincretismo, análogos a los que se habían dado en Europa a comienzos de la Edad Media.

Paradójicamente, en la Antigüedad, el cristianismo había irradiado a partir de las ciudades, mientras que los *paganos* (literalmente, los que vivían en el campo, el *pagus*) se refugiaban en la periferia. Ahora se buscaba al cristiano auténtico en el "pago" latinoamericano, y se cometía la suprema ingenuidad de creer que el problema de la secularización no nos concernía, por hallarse nuestras sociedades protegidas en una especie de "Reservas religiosas naturales", al margen del progreso técnico; bastaba emprender la "liberación", desarrollando los gérmenes de las culturas nacionales para eludir ese estadio. Era algo así como decir: "Nosotros estamos sanos. La higiene es para los enfermos"...

La experiencia vivida en muchos ámbitos latinoamericanos demuestra que esas reivindicaciones nacionales suelen partir de una propuesta de equidistancia de las grandes potencias y sus civilizaciones, para terminar construyendo sociedades aún más seculares, cuando no dependientes de la potencia marxista.

\* \* \*

Sin embargo, los tiempos siguieron corriendo, y la propia sociedad secular de las metrópolis ha sufrido cambios espirituales que responden a una singular dialéctica, aunque por ahora sean apenas tendencias. Tenerlos en cuenta nos ayudará a entender mejor la secularización y a enfrentarla, pues ahora los cristianos tienen algo que decir no sólo como hombres sino específicamente como creyentes.

Creemos que ya puede comenzarse a hablar de una regresión religiosa de Occidente, que parte precisamente de una paradoja: la sociedad fundada en la Ciencia, en la política racional y el predominio de los lazos temporales, es al mismo tiempo una cultura que día a día se

carga de características mágicas, siguiendo un esquema que ya ha acompañado a todas las grandes crisis espirituales que marcan el fin de las distintas eras: Occidente vive un clima mágico similar al del Bajo Imperio, el Renacimiento o el Romanticismo; en un mundo empequeñecido por las comunicaciones, ello nos afectará tarde o temprano.

La ventaja que aún tenemos, como latinoamericanos, es poder observar con objetividad lo que ocurre en sociedades que cambian con ritmo acelerado y que ya no parecen tener muchas ideas que ofrecernos. Pero ello no debe servir de excusa para el narcisismo; no basta regodearnos en nuestra "pureza" espiritual y nuestra "tradicón católica", sino que hay que prepararse para afrontar la próxima marejada que se aproxima, alistando las únicas armas que nos han sido dadas, las del Evangelio; si sabemos hacerlo, quizás aun podamos algún día devolverles la Buena Nueva a quienes se debaten hoy en agitadas senectudes.

La tesis que proponemos en este trabajo es pues que la secularización de Occidente no era ni podía ser un estadio terminal; una vez consumado su ciclo, vuelven a asomar las raíces jamás extirpadas del viejo paganismo, y la magia se alía con la técnica. Vivimos en la era de la computadora que hace horóscopos y del astronauta con amuletos.

Sin duda, este panorama forzosamente impresionista, y las generalizaciones quizás aventuradas a que lleva, deberían ser corroboradas por el trabajo de los especialistas, apoyados en una metodología que permitiera evaluar cuantitativamente los factores que están en juego. Si tan sólo sirviera para llamar la atención sobre estos problemas habría alcanzado su objetivo, tratándose como se trata de una reflexión propuesta por alguien que no es teólogo ni experto en sociología religiosa, sino apenas aspira a pensar filosóficamente la realidad de su tiempo, saturada de signos contradictorios.

\* \* \*

En las páginas que siguen, intentaremos hacer un relevamiento de ciertas tendencias de la cultura occidental actual, por ahora más visibles en los centros que en la periferia, que indican que *la cosmovisión secularista está revirtiéndose en el sentido de una regresión a las fuentes paganas*. Las sociedades industriales avanzadas cuyo estilo de vida nos influye directa e indirectamente están pasando de una fase racionalista y eficientista a una mágica y neopagana; cómo habrá de producirse la síntesis entre estas tendencias irracionales y una cultura fundada en la tecnología, es algo que aún está por verse, y habrá que encuadrarla dentro del marco del replanteo general de los fines y los medios que está comenzando a experimentar la sociedad tecnológica.

Volvamos por un momento a la paradoja inicial: la sociedad cuya vida está basada en la racionalidad y la eficiencia técnicas, es al mismo tiempo una de las sociedades más supersticiosas, crédulas y mágicas de la historia.

Tomemos cualquier revista de circulación masiva, y examinemos su contenido; éste suele hallarse más bien implícito en las imágenes y en el espacio relativo que se concede a los temas, que en el exiguo texto. A su vez, éste está compuesto en un estilo afectado que proscribe la

originalidad y trata de parecerse lo más posible al lenguaje publicitario, de modo que suele ofrecernos todos los lugares comunes y aun los *lapsus* de nuestra cultura de masas.

Hojeamos una revista "femenina" publicada en Buenos Aires. En uno de los artículos dedicados al *jet-set* hallamos un párrafo irónico: se dice que "...la princesa Grace de Mónaco, visitó la gruta de Lourdes con su hijo (...) El bello príncipe se interesó más en las regatas y el aladeltismo que por *las hazañas curativas de la visionaria Bernadette*".

A la vuelta de página, hallamos una nota sobre "Las casas encantadas", seguida por el habitual horóscopo. Más adelante, en la sección comercial, encontramos junto a las dietas, los tratamientos contra la celulitis y el plastificado de pisos, toda una lista de entidades que ofrecen "Amuletos, imágenes, sahumeros"; Tarot; Tarot astrológico; Parapsicología (entiéndase, los servicios de una medium espiritista), Astrología y Quirología. Para completar el cuadro, en otra revista similar leemos una larga nota sobre la taumaturga que curó a Brezhnev, jefe de la más poderosa Iglesia del Ateísmo, mediante sus poderes "mágicos"...

El contraste es patente: por un lado se encara con irónico escepticismo la curación por la fe de los peregrinos de Lourdes y la figura de Bernadette; por el otro, los redactores parecen estar empeñados en hacerles creer a sus lectoras cualquier tipo de orientación o curación mágicas. Aparentemente, se ataca al milagro *cristiano* por ser tal, y no por su carácter sobrenatural, puesto que existe una actitud más que crédula ante cualquier otro "misterio". Por una parte, se sienten los efectos remotos de la crítica *iluminista*, básicamente anticristiana; por la otra, la influencia del *romanticismo* con su exaltación de lo oculto, lo exótico y lo mágico. La coexistencia de ambas actitudes es un signo de conflicto en el seno de la cultura.

El resurgimiento de actitudes mágicas y paganas en la cultura occidental se manifiesta a través de múltiples signos, algunos de los cuales trataremos de exponer ahora.

### 1. Algunos Signos

Ante todo es necesario señalar que el clima "mágico" que impregna buena parte de la cultura contemporánea tiene grandes analogías con situaciones vividas en épocas de crisis histórica similares.

En el Bajo Imperio, cuando el cristianismo estaba penetrando todos los poros de la civilización romana y se percibía ya el fin de una era, hubo también un abandono de la razón clásica, a la cual la cultura griega ya había comenzado a renunciar en la época alejandrina.

Esto se tradujo entonces por una inmersión en las prácticas taumáturgicas, teúrgicas y adivinatorias. Se imponen los cultos solares de origen siríaco (el Sol Invictus) y la astrología babilónica; en esta época se componen los Libros Herméticos y se adora a los mediadores como Mithra, Attis o Adonis; la filosofía se vuelve iniciática con el neoplatonismo, especialmente con Jámblico, que respalda la restauración pagana de Juliano, y Proclo; el pitagorismo se convierte en religión; esta marea es

la que desplaza a la primitiva religión de los romanos republicanos y la filosofía clásica de los griegos<sup>1</sup>.

En el "otoño" de la Edad Media, durante el Renacimiento y la Reforma, la inquietud espiritual que anuncia el comienzo de una nueva era también se manifiesta con la afloración de la magia. Durante siglos, se ha enseñado que el Renacimiento fue el amanecer de la Edad de la Razón, cuando en realidad, se trató de una de las épocas más "mágicas" que se recuerden.

Basta recordar que Kepler elaboraba horóscopos y escribió el relato de un viaje extático a la Luna, a la cual viajaba llevado por demonios; que el algebrista Cardano aseguraba tener contactos con enviados de otros planetas, y Napier, el creador de los logaritmos, era alquimista. Fue la época en que se produjo una verdadera pandemia de brujería en toda Europa; la astrología y la *gematría* (Cábala) estaban en todas las Cortes y la alquimia alcanzó su apogeo. Por último, digamos que la idea heliocentrista se introduce en el pensamiento occidental a partir de la difusión de los Libros Herméticos (en cuya autenticidad aún creía Newton) y de las vinculaciones esotéricas de Nicolás de Cusa y Copérnico<sup>2</sup>. Muchos filósofos de la época, como Pico della Mirandola, Marsilio Ficino y Giordano Bruno, practicaron la magia.

La reaparición de estas corrientes, sumergidas por el Racionalismo y la Ilustración de los ss. XVII y XVIII, se inicia precisamente con el Romanticismo, como puede verse por ejemplo en ciertos aspectos de la obra de Goethe y Schelling<sup>3</sup>.

En el contexto de este renacimiento mágico del s. XIX nació el antisemitismo moderno: la ideología nacional-socialista se nutrió de fuentes neopaganas puestas en circulación por esos movimientos.

Se considera a Alastair Crowley, que solía presentarse como el Anticristo, como una de las figuras de mayor gravitación en el renacimiento ocultista contemporáneo, que según un historiador especializado parece responder a la misma crisis de identidad que aquejaba a quienes vivieron las postrimerías del Imperio Romano<sup>4</sup>.

Trataremos pues de hacer un relevamiento de ciertos signos del creciente predominio de la magia en la cultura occidental contemporánea.

#### a. Popularidad de las artes adivinatorias

La astrología, tanto como mercadería elaborada en las redacciones de los diarios y revistas, como en cuanto actividad profesional, forma parte del alimento espiritual cotidiano que recibimos.

<sup>1</sup> Cf. Altheim, Franz: *El Dios Invicto*. Trad. J. J. Thomas. Buenos Aires, EUBERA,

<sup>2</sup> Cf. Sarton, George: *Seis Alas. Hombres de Ciencia Renacentistas*. Buenos Aires, EUDEBA 1965.

<sup>3</sup> Kearney, Hugh: *Orígenes de la Ciencia Moderna: 1500-1700*. Madrid, Ed. Guadarrama 1970.

<sup>4</sup> Cf. Miguens, José E.: *La Otra Versión*, Buenos Aires, Plus Ultra 1978.

Los hippies de los años '60 cantaron con acentos mesiánicos el comienzo de la "Era de Acuario". La antigua quiromancia ha pasado de las manos de las gitanas a las de verdaderos profesionales, que no sólo leen la borra del café sino también se dedican a actividades de aspecto más científico, como la radiestesia o los biorritmos. El antiguo Tarot, también traído de Egipto por las gitanas y vuelto a poner en circulación por Alastair Crowley, es también fuente de lucrativas actividades. El oráculo chino, el I Ching, prestigiado por los trabajos de C.G. Jung y K. Wilhelm, también ha entrado en la palestra hace algunos años.

Este simple inventario basta para recordarnos que la sociedad actual vive un clima supersticioso que en nada tiene que envidiar al que encontrara San Agustín en la Cartago de sus mocedades.

#### b. *Esoterismo y exotismo*

El público culto o semiculto de nuestro tiempo, movido tanto por la curiosidad y la insatisfacción espiritual como por los manejos de la industria editorial, parece sentirse atraído por el Oriente, tradicionalmente considerado como cuna de la espiritualidad.

Las doctrinas orientales ofrecen por lo general una mística que no es trascendente sino "descendente", pues en lugar de elevarse hacia Dios se hunde en el mundo creado para descubrir la Nada; su principal atractivo está en que predicán la divinidad del hombre.

El auge del budismo Zen, concebido más como técnica de equilibrio mental o terapéutica espiritual que como religión, ha irradiado desde California, llegando a producir una curiosa hibridación con la filosofía de Heidegger, a través de la obra de E. Herrigel. El Zen trajo aparejado, como subproducto, las escuelas de artes marciales chinas, japonesas y coreanas, cuyo éxito radica en ofrecer una disciplina estricta y un sentido de identidad que parece ser ampliamente añorado en una sociedad permisiva y afecta de anomia. La película más vista en la historia del cine, *La guerra de las galaxias*, también propone una especie de filosofía Zen.

Es curioso que sean los mismos jóvenes que no toleran la disciplina escolar los que se someten a un *sensei* o un *gurú* cuya autoridad es indiscutible por definición.

Fueron Los Beatles, símbolo de la rebeldía juvenil, los primeros en someterse al Maharishi; los que se creyeron "más populares que Cristo" e hicieron cantar a toda una generación *My sweet Lord*, un himno de adoración a Krishna. Tras de ellos, todo el movimiento hippie, voluntariamente marginado de la civilización a la cual pertenecían, se encaminó hacia la meca espiritual de Katmandú, recurrió a los *mándalas* y las drogas psicodélicas, en plena entrega a un orientalismo postizo.

En este orden, una de las modas más recientes la constituye el *sujismo* persa; fue a través de los apólogos derviches como el público occidental conoció al Mulá Nashudín mucho antes que al Ayatollah Komeini.

Otra vertiente del exotismo conduce directamente a la brujería, co-

mo ocurre con los libros de Carlos Castaneda, el antropólogo que se hizo discípulo del hechicero indio conocido como "Don Juan"; en ellos se enseña a vincularse con "aliados" del más allá y se describen verdaderos aquelarres. No debería sorprendernos que estos libros hallen amplio eco en la juventud, si tenemos en cuenta que se calculan diez millones de personas que practican la magia negra en U.S.A., cien mil en Alemania y cincuenta mil en Inglaterra. Aun en América Latina, en 1975 tuvimos en Bogotá un singular "Congreso de brujería", de amplia repercusión mundial.

### c. Fascinación por el Mal

Es cierto que el cine y la novela comercial han hecho mucho por acentuar esta tendencia, pero indudablemente el auge del horror responde a una morbosa necesidad del público, masoquísticamente fascinado por los espectáculos que lo agreden. Se trata quizás de una búsqueda de "emociones fuertes" análoga a la pornografía, pero no hay que dejar de señalar que se da en un contexto post-cristiano; entre los espectadores, hay más disposición a creer en la existencia de Satán que la de Dios. En películas como *El bebé de Rosemary*, *La Profecía*, *El Exorcista*, y en sus subproductos de televisión, el Mal es presentado como una fuerza absoluta e invencible, a la cual se contempla con un horror no exento de complacencia. Los temas preferidos por buena parte del cine y la novela comercial parecen ser las posesiones demoníacas, los Anticristos y el triunfo del Mal; recordemos los tramos finales de *Apocalypse Now*, donde el alegato político cede lugar a una verdadera liturgia del "corazón de las tinieblas", subrayada con explícitas citas de Conrad, Eliot o Fraser.

Los monstruos creados por la literatura romántica, Frankenstein (Mary Woolstonecraft Shelley) y Drácula (Bram Stoker), surgieron también de un contexto mágico-esotérico, y no es casual que reaparezcan hoy en todos los niveles del espectáculo (recordemos la moda Drácula de 1978-79), tanto en morosas reediciones de sus historias como en tratamientos irónicos o grotescos, que no les restan fuerza simbólica, pues ironizar es una forma de familiarizarse con lo temible. Otro tanto ocurre con el "cine catástrofe", que es capaz de transformar un simple tiburón en símbolo del Mal. Estas tendencias alcanzan aun a las historietas infantiles, donde a los apolíneos héroes sucedieron los semidioses como Superman, y actualmente predominan los monstruos, cuyo único atributo es la fuerza bruta y amoral, como Hulk.

En la música juvenil, predomina el orientalismo, con títulos como Tantra, Mantra o Katmandú, aunque en los últimos tiempos han aparecido nombres al estilo de "Black Sabbath", el tristemente célebre "Kiss" (escrito con las mismas runas que identificaban a la SS nazi), cuyo espectáculo es un verdadero aquelarre de efectos "satánicos", unido a una desembozada perversión sexual. ¿Qué hubieran pensado los autores del *Malleus Maleficarum* de saber que Kiss se convertiría en ídolo no ya de los adolescentes, sino de los escolares?

d. *Creación de mitologías*

Entre los libros más vendidos —lo cual no es índice de seriedad sino de la avidez que despiertan— se encuentran desde hace bastante tiempo los que tratan de temas que han dado en llamarse “insólitos”.

Las ideas que inculcan en jóvenes que por lo general carecen de cultura histórica, y en adultos que podrían tenerla, no son demasiado novedosas: muchas, como las doctrinas que giran en torno de la Atlántida, datan de fines del s. XIX, para no hablar de Platón. La doctrina de la “Tierra hueca” tiene ya unos cincuenta años, como saben quienes han leído *El Retorno de los Brujos*. La mayoría de las historias tejidas en torno de los objetos voladores no identificados fueron primero formuladas, entre los años 1930 y 1945, como fantasías literarias en las revistas norteamericanas de ciencia-ficción. Hace unos quince años, la revista *Planete* tuvo la brillante idea comercial de refundir todas estas maravillas, condimentándolas con una fuerte dosis de gnosticismo, y abrió la senda de un próspero comercio.

Este género de libros ha llegado a constituir toda una rama editorial aparte, junto a los libros ocultistas y mágicos, que llena secciones enteras de las librerías. Están urdidos sobre la base de una especie de “revisionismo cosmológico”; contienen una implícita desvalorización del hombre, y una tendencia a mostrar que toda obra admirable de cierta antigüedad ha sido realizada por la influencia, directa o indirecta, de los “dioses” extraterrestres venidos de las estrellas.

Estos seres, que en algunas versiones aparecen dotados de una alta tecnología y en otras son específicamente angélicos, serían quienes *hicieron* al hombre o le dieron el don de la inteligencia, poniéndolo en el camino de la civilización. Esta doctrina comenzó a popularizarse a partir del film “2001” de Clarke y Kubrick y ahora se la expone con toda seriedad en infinidad de ensayos. Von Däniken, el mayor empresario de la industria de lo insólito, ha sido el primero en atreverse a llamarlos “Los Dioses”...

Lo más notable de todo este revisionismo es que sólo da explicaciones totalizadoras, y su público no parece preocuparse por las contradicciones. Hoy, todo se explica por la sabiduría de los Atlantes; mañana, por la de los extraterrestres; en cuanto la ciencia descifró el código genético, aparecieron quienes aseguraban que gracias a él los extraterrestres nos habían creado; de la misma manera, cualquier descubrimiento reciente se proyecta inmediatamente al pasado, como para desvalorizarlo.

Alternativamente, toda la historia occidental se explica por la supervivencia de los Cátaros o el secreto de los Templarios, por la fraternidad de los Rosacruces o de los constructores de Catedrales. La sabiduría egipcia (¿cuántos libros se habrán escrito sobre los secretos de la Gran Pirámide?) sería la que habría de explicar toda nuestra ciencia; hace tiempo circula un curioso librito que explica cómo una pirámide de cartón preserva el filo de las navajas o la comida del día anterior. Pero junto a este libro, otro pregona que los egipcios no son más que epígonos de los Atlantes; más allá, otro sostiene que el “triángulo de las



Bermudas" es una puerta de entrada para las naves espaciales extraterrestres, sin preocuparse por aquel otro que dice que la Tierra es hueca, y el acceso a su interior se hace por los polos... Poco preocupado por la congruencia, el lector adicto devora todo este material, así como el supersticioso alejandrino o pompeyano del pasado sacrificaba a todos los dioses, aun al "dios desconocido"...

Consecuencias de la pérdida de fe en el progreso, estas creencias atacan al máspreciado bien del hombre contemporáneo, la tecnología, rebajándola a ser apenas imitación del saber de seres extraños, y junto a ella rebajan aun el legítimo orgullo que puede sentir la humanidad por sus obras. En parte, hay en ellas cierta búsqueda de *mediadores*.

Buscan algo más grande que el hombre, pero no un Creador, porque se ha desistido de pensar que el cosmos tenga *un* sentido. Cualquier ser sobrehumano dotado de un poder superior al de nuestra técnica parece reunir esas condiciones. Los "superhéroes" de las historietas infantiles son seres cuasidivinos, que van mucho más allá que los héroes del folklore tradicional y de la novela de aventuras: suelen reunirse en "panteones" y trabajar en equipo: entre ellos, no hace mucho reaparecieron los dioses germánicos (Thor) y helénicos (Wonder Woman = Diana).

La búsqueda de Superiores Desconocidos, viejo tema del ocultismo, se vincula ahora con el fenómeno de los objetos voladores no identificados (OVNI) que ya tiene más de treinta años de antigüedad. Sin abrir juicio sobre la realidad de las observaciones efectuadas y los científicos que trabajan seriamente en este campo (que por algo despierta el interés de las grandes potencias) no cabe duda que este fenómeno ha permitido el surgimiento de una seudoreligión: incluso, entre los "cultos" norteamericanos que han proliferado en los últimos años, abundan las sectas que aseguran estar en contacto con los tripulantes de los "platos voladores".

En la música juvenil de *rock*, cuyas letras generalmente no suelen analizarse, por estar cantadas de modo ininteligible, este tema asume ciertos rasgos mesiánicos.

Veamos esta letra del conjunto inglés Yes:

*Pero espera, en la noche  
Espera que lleguen, para hacer renacer semejantes ciencias,  
Aquí está la llegada del espacio exterior, tan puro deleite  
La llegada del espacio exterior... (Arriving UFO, 1978)*

O esta del grupo argentino Arco Iris:

*Dulces caballeros del espacio  
con sus discos voladores  
pronto nos alumbrarán...  
Hermanos plateados  
Hermanas doradas  
Sobre los prados se amarán... (Agitor Lucens V, 1975).*

El film *Encuentros cercanos del tercer tipo* resumía toda esta expectativa mesiánica y la volcaba sobre espectadores ávidos que en todo

el mundo la celebraron como una verdadera liturgia. En él, se recapitulaban todos los elementos del mito: extraterrestres, desapariciones de barcos y aviones, misterios de la prehistoria. El protagonista atraviesa todas las fases de una verdadera "conversión": luego de haber observado un OVNI, recibe un "llamado", por el cual abandona todo, su familia y sus bienes, y se encamina a una montaña (verdadero Sinaí), para buscar la Verdad, verdad que ocultan los poderes mundanos (léase, gobiernos de las superpotencias) a los comunes mortales. Allí tiene la revelación final, en el momento en que se produce el primer encuentro oficial con los extraterrestres, acompañado por la devolución de los rehenes que, como Elías, habían sido arrebatados al cielo; la figura borrosa que aparece sobre la culminación de la película, un ser de extrema delgadez que abre los brazos de par en par, aparece ante los espectadores como un remedo de Cristo.

Esta mitología no es nueva; es apenas un poco más elaborada que las que vienen circulando desde los años '50, en los otrora célebres libros de George Adamski. En un libro bastante antiguo, el que Jung dedicara a estos temas, ya aparecía analizado el testimonio de un típico convertido al culto de los OVNIS; un hombre que ha tenido un "encuentro cercano" y se ha pasado el resto de sus días predicando su nueva fe; su experiencia reviste todos los caracteres del misticismo, y según Jung, es "un documento único sobre el nacimiento y la integración de la mitología de los UFOS"<sup>5</sup>.

Por otra parte, no faltan las combinaciones de esta mitología extraterrestre con otras creencias: en un libro de menor difusión que los de Berlitz y Von Däniken, aunque indudablemente sintomático, se elabora la hibridación entre las doctrinas gnósticas y la nueva mitología de los OVNIS. Los autores repasan todos los argumentos conocidos sobre supuestos visitantes de la Tierra en el pasado, revisan las mitologías para descubrir en ellas la promesa de la divinización del hombre y afirman que *"todo hace presumir que en cierto momento del remoto pasado, una comunidad de individuos fue sometida a la acción de la luz arquetípica por inteligencias provenientes de niveles o dimensiones invisibles a la percepción ordinaria"*<sup>6</sup>.

#### e. Los neopaganismos

Toda esta búsqueda de mitología y sucedáneos de la religión fuera de las tradiciones occidentales no sería más que una prodigiosa extensión de la industria del entretenimiento si junto a ella no se manifestaran ya una pluralidad de cultos neopaganos, acompañados por varios intentos no tradicionales de fundamentación filosófica, no siempre ligados al ocultismo.

Tales manifestaciones, por lo general, tienen su origen en California, pero ya cuentan con apoyo en Europa, en la llamada "nueva derecha";

<sup>5</sup> Cf. Cavendish, Richard: *Historia de la Magia*. Buenos Aires, Ediciones Lidiun, 1979.

<sup>6</sup> Jung, Carl G.: *Sobre Cosas que se ven en el Cielo* (1958). Buenos Aires, Ed. Sur, 1961, p. 195.

el más conspicuo de sus propagandistas es Louis Pauwels, desde las columnas de *Le Figaro Littéraire*.

El argumento que emplean Pauwels y sus seguidores podría ser llamado "argumento del Panteón", pues recuerda la actitud que llevó, en la Roma imperial, a unificar bajo un mismo techo los dioses de los pueblos conquistados, como símbolo político federativo. Se sostiene ahora que la intolerancia es exclusiva de la tradición judeocristiana, atribuyéndole al Oriente una paz religiosa que no siempre los historiadores estarán de acuerdo en reconocer. En consecuencia, se propone una pluralidad de creencias, un *politeísmo*, para que cada individualidad pueda hallar su expansión psicológica en la fantasía religiosa, haciéndose sus propios "dioses" y conviviendo pacíficamente en una sociedad plural: una convivencia que se basa más en el escepticismo y el relativismo que en el regreso a una imposible inocencia pagana.

Este estilo de pensamiento, especie de extensión abusiva del pluralismo político y la tolerancia liberal, procede, en EE. UU. del pensamiento de William James.

Como filósofo pragmatista, James rechazó toda pretensión de hallar un principio unificador del mundo, y propuso que en lugar de "universo" se hablara de "multiverso". Llevado por cierto interés hacia los fenómenos parapsicológicos, que había adquirido de Myers y del círculo bergsonianos, se inclinó por una metafísica de la evolución llamada "meliorismo".

Pensaba que la realidad procede de lo múltiple a lo uno, que debía ser concebido sólo como objetivo deseable; pretendió que las múltiples perspectivas de lo divino tuvieran cierto status de eternidad, gracias a lo cual su postura es conocida como "politeísmo"<sup>7</sup>, aunque estrictamente ella deba ser entendida apenas como pluralismo metafísico.

El paso siguiente lo representó el movimiento *hippie* de la década del 60, precursor pacífico de las convulsiones que habrían de sacudir a toda una generación. Fracasada su ingenua búsqueda de una forma de vida alternativa a la sociedad industrial, sus miembros fueron fagocitados por la droga, mientras en otros lugares del mundo se volcaban a la militancia política violenta; otros entraron en sectas orientalistas como el Hare Krishna Internacional (fundado en 1965 por Swami Bhaktivedanta). Algunos redescubrieron a Cristo y otros se convirtieron en iniciadores del movimiento ecologista, actualmente en ascenso.

Buena parte de los "cultos" que proliferan en USA, con epicentro en California, proceden también de esta diáspora *hippie*: los *moonies*, miembros de la AUCM. (Asociación para la Unificación del Cristianismo Mundial), creada por Sun Myong Moon y caracterizada por sus técnicas

<sup>7</sup> Azcué, Eduardo y Sánchez, Lesly: *Los Dioses en la Creación del Hombre*, Buenos Aires, Ed. Pomaire 1980, p. 97.

Cabe citar esta advertencia del editor a uno de los libros de Charles Berlitz (*Mensajes enigmáticos del pasado*, Barcelona, Ed. Bruguera 1980): "El lector se cerciorará de que las soluciones que da el autor a los 'enigmas' de las civilizaciones desaparecidas se apartan de la historia ortodoxa y entran en un plano puramente subjetivo. Por ello, un lector que conozca la historia según las normas tradicionales no estará de acuerdo con lo que Charles Berlitz afirma". Es decir: quien no tenga fe, que se abstenga de leer...

de lavado de cerebros; la Cientología (fundada por el aventurero Lafayette Ronald Hubbard); el Baha'i oriental; el siniestramente célebre Templo del Pueblo de Jim Jones, y grupos francamente psicópatas como el Synanon o el Clan Manson.

Un último coletazo de esta proliferación lo constituyen los cultos neopaganos aparecidos en USA, de los cuales informaba *Time* tiempo atrás; reúnen unos 40.000 adeptos (cifra por ahora irrelevante en términos estadísticos globales, pero no despreciable) que practican sacrificios de animales a Zeus, Atenea o Démeter en el mejor estilo grecorromano, junto con rituales de la fertilidad que probablemente incluyan la magia sexual.

Estas prácticas serían anómalas si no hubiesen recibido ya una fundamentación teórica, a partir de una derivación del pensamiento de Carl Gustav Jung. Este gran disidente de Freud, cuyo mayor mérito está en haber aportado para una concepción más espiritualista de la psicología, fue siempre un gnóstico declarado; en torno a su figura, siempre se movieron dos círculos de personajes; los profesionales y teóricos del psicoanálisis por un lado, y los esoteristas por el otro<sup>8</sup>.

Jung es responsable de haber devuelto la respetabilidad a la astrología y al oráculo chino, así como el renacimiento del interés por el pensamiento mágico, que empezó resuelto en clave psicológica (estudios sobre la alquimia y el simbolismo religioso), para retomar las seculares corrientes del ocultismo.

Una escuela surgida recientemente de esta vertiente junguiana pretende ir más allá de los contenidos del trabajo académico de Jung, para profundizar sus peculiares métodos de introspección, tal como los conocemos a partir de sus escritos autobiográficos. Esta es la corriente que se autocalifica como "politeísmo". "*En nuestro ser profundo — afirma uno de sus divulgadores— estamos hechos de tal modo que sólo una conciencia politeísta dará cuenta con realismo de nuestras vidas*"<sup>9</sup>.

El nuevo politeísmo, que se vincula con la Nueva Derecha y su aversión por el "judeocristianismo", reivindica como suyas a figuras antes vinculadas con el movimiento hippie (Norman Brown, Ronald Laing, etc.). Uno de sus más prestigiosos voceros es James Hillman, en uno de cuyos trabajos teóricos<sup>10</sup> se pretende rescatar el método de la introspección, tal como Jung la practicaba, y la validez de las figuras ficticias que surgen del inconsciente al practicarla, las cuales son llamadas *dáimones* o "mediadores". Hillman sostiene que el cristianismo ha pretendido extirparlos al calificarlos como "demonios". Se remite a una tradición mágico-mística bien definida (cita en su apoyo a Plotino, Jámblico, Proclo y Marsilio Ficino) y emprende una revisión histórica del tipo de las que ya hemos visto. Esta vez, el momento fatal parece haber sido el año 787, con el Concilio de Nicea, que "*prohibió la for-*

<sup>8</sup> Marcuse, Ludwig: *Filosofía Americana* (1959). Madrid, Ed. Guadarrama, 1969, cap. III.

<sup>9</sup> Cf. Serrano, Miguel: *C. G. Jung y el Círculo Hermético*. Buenos Aires, Ed. Kier, 1974.

<sup>10</sup> Miller, D. L. *Le Nouveau Polithéisme*. París, Imago 1979, p. 108.

*mación individual del símbolo*". Reivindica pues, la fantasía y la imaginación mítica, restringiendo la religión no ya al ámbito privado, sino al subjetivo. "La pluralidad de mundos, en sentido psicológico, se refiere a la pluralidad de perspectivas que determinan nuestra subjetividad (...). Hay sólo un mundo que compartimos, pero sólo y siempre a través del cosmos de esta o aquella de las figuras-guías imaginables (...). La demonología, en su sentido más amplio, se convierte así en el logos de las personas imaginables, que están contenidas en nuestras ideas y acciones"<sup>11</sup>. Aquí encontramos, pues, conjugados la exploración jungniana del inconsciente colectivo con el pluralismo de James, conformando un politismo declarado.

## 2. Elementos de Diagnóstico

Intentaremos aprehender en una síntesis las múltiples direcciones en las cuales se disparan estas tendencias. En principio, podemos describirlas como tendencias anárquicas de búsqueda originadas en una crisis de civilización que alcanza su punto más álgido.

En este orden se inscriben una creciente necesidad de "misterio"; una búsqueda de *sentido* (o sentidos) que a la vez también lo es de seguridad metafísica; y lo que resulta de ambas: un anhelo por encontrar *mediadores*.

El proyecto de vida puramente secular que atraviesa la Modernidad desde sus inicios hasta su consumación colectiva en la sociedad tecnológica de masas no ofrece ningún incentivo espiritual que otorgue sentido plenario a la existencia. El mudable marco cosmológico que la ciencia ha ido ofreciendo, periódicamente ampliado según los hitos que marcan Copérnico, Newton, Herschel, Eddington, Hoyle y la astrofísica más reciente, acrecienta el sentimiento de insignificancia del hombre ante el cosmos: esta actitud, que por un tiempo sólo alcanzó a las clases cultivadas, a través de la divulgación penetra en la *Weltanschauung* del hombre de la calle. Pascal, en el siglo XVII ya se sentía aterrado por el "silencio eterno de los espacios": y no se trataba más que del pequeño mundo de Copérnico y Galileo: menos de un año luz de diámetro. ¡Cómo habrá de sentirse un intelectual sensible de hoy ante los *quasars*, los "agujeros negros" o las contracciones del espacio!

Frente a la enormidad de un cosmos que todavía puede ser pensado como *orden*, como Uni-verso, como lo pensaba el Salmista y todavía podía hacerlo Kant, pero que generalmente es presentado como un enorme vacío, producto del azar y la necesidad, la vida insignificante del insecto humano que arrastra sobre la superficie de la Tierra parece carecer totalmente de sentido.

Para distraerlo, se le ofrece un mundo de eficiente técnica encaminada a disfrutar de la mayor cantidad de placer asequible, según el utilitarismo y el hedonismo egoísta, o la triste epopeya del trabajo colectivo marxista. Este pequeño mundo de aquí abajo, perdido en la inmen-

<sup>11</sup> Hillman, James: *The Pandaemonium of Images. C. G. Jung Contribution to Know Thyself*. The New Lugano Review, vol. III 3/4, 1977. Hay traducción italiana en *Testimonianze*, nn. 227-228, setiembre-octubre 1980.

sidad de un cosmos hostil, es un mundo sin esperanza ni imprevistos, donde el seguro y la planificación han reducido el misterio y el azar a su mínima expresión, como creando un regazo de orden total frente a la amenaza de un universo al cual somos ajenos.

En este mundo, donde no existen misterios que la ciencia no prometa resolver, donde el poder acumulado por la tecnología promete remodelar al hombre mismo, el espíritu pierde el sosiego y busca una Totalidad en la cual sumergirse; anhela la intuición de lo absolutamente Otro, lo "numinoso", que no es más que la primitiva experiencia de lo divino.

Por esta causa, siente la fascinación del misterio y se hunde sin discernimiento en cualquier mixtificación, sucedáneos de lo Absoluto, supersticiones o espiritualidades, sin poder aún distinguir entre lo genuino y lo postizo, entre Dios y las fuerzas diabólicas. Retrocede así, en medio de un mundo de racionalidad exacerbada, al nivel espiritual del primitivo. Pero hay una diferencia: el primitivo, aún en contacto con una naturaleza que lo maravillaba, podía hacerse un dios del rayo, la piedra o un fetiche, pero el hombre de hoy no puede idolatrar a una computadora, un radar o un acelerador de partículas<sup>12</sup>; sabe que ellas son su propia obra, de modo que su desconcierto se dirige a los saberes que han quedado enterrados en el pasado, para ver dónde se equivocó la civilización; es el desesperado e imposible intento de regresar a la infancia.

Esta búsqueda es también una tentativa de darle *sentido* a la totalidad, que se efectúa a partir de formas de pensamiento condicionadas por la técnica y la ciencia. Es así como, hartado del determinismo científico que pretende explicar toda nuestra conducta, el hombre de hoy se vuelve hacia formas más arcaicas del mismo determinismo, por ejemplo cuando cree que su destino puede estar escrito en los astros.

Tomando como modelo a la *Christian Science*, las nuevas sectas se presentan como "científicas", pues a sus adeptos se les ha inculcado desde la escuela que las ciencias naturales son la forma más alta del conocimiento y de la espiritualidad: los Hare Krishna sostienen que la religión es una ciencia, y su objetivo es alcanzar la Verdad absoluta; la *Scientology* de Hubbard es una *mélange* de conocimientos pseudocientíficos; Jim Jones se apoyaba en un vago lenguaje de sociología paramarxista; se cree que los extraterrestres son superiores a nosotros porque poseen una ciencia y una tecnología perfectas, y han superado todas las crisis que nuestra técnica provoca, etc.

Los lujosos folletos que edita con profusión el "Gobierno Mundial de la Edad de la Iluminación", que preside desde Suiza el Maharishi Mahesh Yogi<sup>13</sup>, ofrecen una síntesis de esta actitud. La técnica hindú de la Meditación Trascendental, se asegura allí, es una ciencia que otorga la "invencibilidad a todas las naciones" (¿invencibles ante quién?), la

<sup>12</sup> Ib., p. 82. Cf. *Rumbos Actuales del Ocultismo*, por René Alleau y otros autores. Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor 1978.

<sup>13</sup> Tras visitar la exposición de París en 1900, escribía Henry Adams: "después del mediodía iba a diario a la Exposición y rezaba a las dinamos".

inmunidad a las enfermedades, el poder de la levitación, y la reducción de la criminalidad y la contaminación atmosférica, esto último probado "científicamente" en un condado cercano a Los Angeles. Su programa consiste en lograr una fusión "del Veda y la Ciencia", mediante una técnica mental que asegura "la máxima coherencia de las ondas cerebrales" (flagrante analogía con el rayo laser) para que todos aquellos efectos surjan espontáneamente. Lo más curioso es que a lo largo del texto se citan opiniones de científicos que se han incorporado a la secta, incluso Premios Nobel, como Ilya Prigogine, que han participado de sus ciclos de conferencias. Como argumentos probatorios, se citan casi exclusivamente ejemplos de la física de los superconductores, la "Tercera" Ley de la Termodinámica, y se sugieren aplicaciones políticas, como el apaciguamiento de los revolucionarios chinos mediante la meditación trascendental practicada desde los países aledaños: todo un sincretismo místico-científico <sup>14</sup>.

Vivimos pues en un tiempo en que una secta oriental necesita recurrir a la termodinámica para hacerse creíble, mientras algunos físicos recurren, por su lado, a las disciplinas orientales: tal es el caso de Fritjof Capra y Gary Zukav, que proponen una síntesis entre la física nuclear y el taoísmo chino <sup>15</sup>.

En tercer término, la búsqueda de mediadores que permitan transitar de la mezquina existencia individual a la armonía con el Todo, se refleja desde los héroes de las historietas infantiles, verdaderos semidioses *ad usum delphini*, hasta el recurrente uso del calificativo "superstar" aplicado tanto a las estrellas del rock como al propio Cristo, y más recientemente al Papa Juan Pablo II, la exaltación de los mediadores orientales, como Krishna y los diversos gurús.

Los que no pueden creer en un Dios personal buscan un *gurú*, un mediador encargado y tangible; dejan de depender del psicoanalista para rendirse ante un *gurú* (cuando no ocurre que ambos sean la misma persona).

En esta búsqueda de mediación, se producen flagrantes paradojas. Así como los jóvenes rebeldes de la política terminaron acatando a líderes octogenarios contradiciendo sus propias proclamaciones, los jóvenes mimados de la sociedad de consumo permisiva caen de rodillas ante un *gurú*, personaje que se presenta como un dios visible, y como tal exige una obediencia mucho más radical que la que jamás pretendió ninguna orden monástica cristiana. Hartos de la sociedad de consumo que los ha malcriado, hay jóvenes ociosos que se entregan al Hare Krishna, que les impone la prohibición de practicar deportes, los juegos de azar y las intoxicaciones (salvo quizás la del *cannabis indica*), o engrosan las filas de los *moonies*, donde se los somete a una verdadera aniquilación de la personalidad y un ascetismo espartano. ¡Cuántos idea-

<sup>14</sup> *World Government News*, n. 1 (febrero 1978). Maharishi European Research University Press, Seelisberg (Suiza).

<sup>15</sup> Cf. *Newsweek*, 30 de julio de 1979. Las obras en cuestión son *The Tao of Physics* (1975) de Fritjof Capra, y *The Dancing Wu Li Masters: an overview of the New Physics* (1979) de Gary Zukav.

listas, por fin, llenos de ganas de servir y vivir frugalmente en comunidad, no terminaron suicidándose por una orden del hechicero llamado Jim Jones!

### 3. Etiología

Todas estas búsquedas erráticas, y a veces destructivas, parecen responder a una triple crisis cuyas primeras manifestaciones se remontan muy atrás en el tiempo, y cuya consumación está actuándose: crisis de la idea de progreso, de la fe en la técnica y del humanismo.

La persistente búsqueda de una sabiduría arcaica, perdida o conservada por una tradición oculta; la creencia de que existieron una o varias civilizaciones científicas y aun tecnológicas en el pasado más remoto, sean la Atlántida, Mu o el propio Egipto, revela una crisis profunda de aquella indiscutida fe en el progreso lineal que sostuvo a los hombres del positivismo decimonónico. Cuando el tan soñado progreso lleva a un atolladero ecológico como el que se viene señalando desde el Club de Roma hasta la novela de anticipación, se escruta el pasado en búsqueda de respuestas y se proyectan en él tanto los deseos frustrados como las profecías fallidas; ello significa romper con toda la concepción lineal de la historia y buscar en las corrientes ocultas las pruebas de un movimiento básicamente circular.

En íntima relación con esta pérdida de la fe en el progreso, se halla el descreimiento de la técnica, que se produce precisamente en un momento en que la profusión de avances técnicos se da con una aceleración que obliga a una misma generación a reajustarse varias veces en el curso de su vida. No es sorprendente que en el movimiento ecologista —una corriente que por cierto habrá de recorrer las mismas etapas que cumplieron las demás ideologías— militen tantos hombres de formación científica y técnica. La tecnología, que antes era campo vedado para la especulación “ociosa”, conoce hoy su propia “*trahison des clerics*”; aquellos que emprenden estudios tecnológicos suelen manifestar hoy un curioso sentimiento de culpa ante todos los males que la sociedad parece atribuirles, que contrasta con la ingenua fe positivista que antaño tenían. Ocurre sin embargo que no pueden abandonar sin más una mentalidad ya consolidada, y a menudo dejan de lado un determinismo científico para abrazar uno mágico; reniegan de la psicología conductista para arrojarse en brazos de un gurú; de la física clásica para creer en la astrología; de la política racional para buscar líderes carismáticos semidivinos.

Hay por último una crisis del *humanismo*. El hombre aparece tan acorralado por sus propias creaciones (Freud lo definió como “un gigante de prótesis”), se siente tan impotente de controlar sus efectos, que ya es imposible creer que tenga posibilidades ilimitadas o una libertad infinita, como hasta hace poco podía creer el existencialismo sartreano. Esta falta de confianza en el hombre lleva a buscar una humanidad “superior”: los extraterrestres, los orientales, los antiguos olvidados...

Estas crisis, cuyos efectos se sienten ahora, representan los efectos remotos de la crítica iluminista y del romanticismo, que aún actúan en



sentido opuesto en nuestra cultura. La crítica iluminista socavó la fe en la religiosidad tradicional, al reducir los milagros a fenómenos de laboratorio: mostró que los planetas no siguen un curso perfectamente circular, que la Tierra está perdida en el Universo, que la luz no es incolora, que el fuego es apenas un proceso químico. Este prodigioso avance de la racionalidad ha vaciado las metáforas sobre las cuales se basaba el lenguaje religioso tradicional, obligándolo a purificarse, pero sin lograrlo del todo: después de la crítica iluminista, ya no puede hablarse de "Cielo", "luz" o "llamas" en sentido material. Pero como subsiste la necesidad religiosa que engendraba aquellas metáforas en el mundo pre-científico, ella intentará hallar satisfacción fuera de la tradición cristiana, herida por el racionalismo, buceando en las vertientes orientales, o en todas aquellas tendencias que han sido reprimidas o abortadas. El romanticismo, cuyos efectos aún estamos viviendo, señaló este viraje hacia las sombras, con su fascinación por lo macabro, los sitios tenebrosos, la magia y las ruinas; si el romanticismo creyó apoyarse en fenómenos como la electricidad, el magnetismo o la hipnosis, pronto desacralizadas por la ciencia, en el post-romanticismo sigue latiendo la misma necesidad y la misma opción esotérica.

Este arrasamiento del suelo de la Cristiandad por obra de la razón racionante y los intentos de forestación hechos a partir del romanticismo, que intenta aclimatar especies extrañas, han terminado por dejar en descubierto las raíces del viejo paganismo, que comienzan a retoñar.

En el transcurso de su accidentada post-Cristiandad, Occidente está cumpliendo un ciclo de *regresión* religiosa. Del ateísmo —situación transitoria, momento dialéctico de la negación— retrocede a instancias más primarias, busca a ciegas una nueva experiencia religiosa. Tal experiencia habrá de darse en la forma más primitiva que conocemos, la experiencia de *lo numinoso*. Despojada de tradición y teología, lo numinoso es experimentado casi con los mismos caracteres primitivos con los cuales lo identificó Rudolf Otto. Los modernos paganos tejen sus sueños frente a las computadoras, llenos de temor por las fuerzas que han desatado, con el mismo desamparo que antaño sentía el salvaje frente al rayo o el fuego.

La regresión se consuma buscando lo numinoso en sus formas más arcaicas e impersonales, tal como podía reconocerlas el primitivo, antes de que el verdadero Dios se manifestara ante Abraham como El que Es, se encarnara en Cristo como Amor, y descendiera en Pentecostés como Espíritu.

Lo numinoso neopagano se manifiesta como *Poder*, no como Amor. Para una civilización que ha hecho del Poder su ídolo, el Poder se desata simbólicamente en las catástrofes imaginarias, en los demonios de tradiciones olvidadas, en los monstruos de la fantasía. A la vez, se manifiesta como algo *sobrehumano* en la nueva mitología de los "dioses" extraterrestres que nos habrían creado en sus laboratorios y vendrán a salvarnos en sus platos voladores. La necesidad de mediación entre el Poder sobrehumano y el hombre se encarna en la búsqueda de mediadores humanos, antiguos y presentes, grotescos o hipócritas: los falsos profetas.

No es accidental que se produzca un regreso a la magia, y un renovado interés por los poderes mágicos, luego que se ha perdido la fe en la técnica. La magia es anterior a la religión y nunca ha desaparecido del todo. Todo el Antiguo Testamento nos pone en guardia contra los magos e ídólatras, y Cristo nos anuncia que vendrán falsos profetas. La magia es la primera forma de la técnica, anterior a la técnica racional y mucho más desmesurada en sus pretensiones.

La magia nos promete "ser como dioses"; nos ofrece los medios para dominar el Poder divino y ponerlo a nuestro servicio: no de aceptarlo, que es la actitud religiosa. El nuevo paganismo busca el dominio mágico sobre las fuerzas ocultas; quiere ensanchar sus poderes para adivinar el futuro, dominar a sus semejantes, divinizarse sin trabas morales. Uno de sus supuestos es el *do ut des*, la transacción con lo numinoso para someterlo a la voluntad humana.

Esta regresión arcaizante se manifiesta incluso en cierto culto a la irracionalidad que penetra en el pentecostalismo: los periódicos publican avisos de ese origen que rezan "Gracias, Espíritu Santo": más parecen dirigirse a Manítú que al Paráclito, e inevitablemente recuerdan las mesiánicas "danzas del Espíritu" que agitaron a los indios norteamericanos a principios de siglo.

Según Frazer, la magia se basaba siempre en un principio simpático (todo es Uno, existe una conexión secreta entre todas y cada una de las partes del universo) y se manifiesta bajo dos formas principales, la *homeopática* (la semejanza entre dos objetos hace que se identifiquen) y la *contagiosa* (las cosas que han estado unidas conservan la unidad)<sup>16</sup>.

En el mundo de hoy, aparte de las viejas y renovadas formas de la magia y la adivinación, reencontramos esta peculiar "lógica" en el nihilismo que impregna las luchas políticas de esta mitad del siglo.

El nihilismo no es un fenómeno político, sino mágico. Ya no se apoya en una ideología política, sino que las palabras de la ideología han pasado a ser usadas como ensalmos para cambiar la realidad; la acción se convierte en norma de sí misma, con justificaciones mágicas. El nihilismo es una herejía producida dentro de las ideologías hasta hace poco dominantes, como el socialismo o el nacionalismo. Las ideologías fueron llamadas "religiones seculares" y como tales, no podían menos que tener sus herejías anárquicas; en la acción nihilista, donde izquierdas y derechas son ya rótulos sin sentido, la fuerza es la única justificación: es una fuerza que reposa en el poder de la publicidad que alcanzan sus actos y provoca el encantamiento de la opinión pública a través de los medios de difusión.

Cuando un terrorista da muerte a una persona no por *quién* es sino por *qué* simboliza (por ejemplo, un uniformado, un docente, un sacerdote) está efectuando un sacrificio mágico, del tipo de la magia contagiosa: parece como si la muerte de un individuo simbólico fuera a matar al Sistema, de la misma manera que el hechicero quema un muñeco de cera que representa a su enemigo. Cuando se quema la efigie de alguien

<sup>16</sup> Frazer, J. G. *The Golden Bough. A Study in Magic and Religion*, Londres, Macmillan, 1963, cap. III.

o se destruye un libro por repudio a la ideología del autor, se está haciendo magia homeopática.

Del mismo modo, los regímenes autoritarios que el terrorismo engendra suelen asimilar esta lógica nihilista, y razonan del mismo modo mágico, aunque invoquen a la racionalidad.

Un buen ejemplo de sincretismo nihilista entre magia y política lo tenemos, aparte de Hitler, en la masacre de Guyana, ocurrida en tierras latinoamericanas: en las palabras de Jim Jones y su apología del "suicidio revolucionario" se pervierten el lenguaje cristiano y el de todas las ideologías humanitarias conocidas: la vuelta al trabajo fecundo, la opción por los pobres, el rechazo del racismo, el ecumenismo; todo prostituído por un mago que se presentó como profeta.

#### 4. Nuevos Mapas para la Evangelización

Ante estos síntomas de crisis, de nada vale refugiarse en la idealización del pasado, como hacen los que todavía añoran la Edad Media, o pensar de modo insular, como los que se consuelan pensando que América Latina nunca puede llegar a estar expuesta a estas amenazas. Lamentarnos por la descomposición de la Cristiandad y las consecuencias de la secularidad, nos servirá de tan poco como a aquellos cristianos del s. IV que se aterraban por el saqueo de Roma, mereciendo las reprensiones de San Agustín.

El Dios que nos habla a través de la Biblia no es un *deus ex machina* que irrumpe en el último acto para salvarnos del peligro; la desobediencia de Adán no es la rebeldía de Prometeo; Dios no es Zeus el déspota, sino el Padre que redime a la estirpe de Adán, haciendo que su propio Hijo nazca de ella y asuma todas sus limitaciones. El sublime optimismo de la liturgia que aun canta *¡O felix culpa!*, refiriéndose al pecado original porque él nos trajo al Salvador, debe servirnos para escrutar los signos de nuestro tiempo y asumir estas circunstancias como un *desafío* que Dios nos hace para la evangelización del mundo.

Para tratar de entender qué espera Dios de nosotros, nada me parece más oportuno que recordar la actitud del Apóstol Pablo ante los paganos ilustrados del Areópago de Atenas.

Los decadentes atenienses del s. I ya no eran los contemporáneos de Platón y Aristóteles sino los *graeculi* que servían como esclavos pedagogos a los orgullosos romanos. La razón ateniense se había degradado en doctrinas individualistas en una generalizada búsqueda de la felicidad personal y una indiferencia religiosa de tono relativista: Epicuro enseñaba a "no temer a los dioses", cuya existencia no se molestaba en negar. Todos los dioses tenían sus cultores en Atenas, y se creía que Pablo venía a predicar una nueva pareja de divinidades, "Jesús y la Resurrección": por esta última, se entendía la diosa Anástasis, a la que algunos sacrificaban.

Entre los que acudían a escuchar con apática curiosidad a este judío venido de lejos había "algunos filósofos epicúreos y estoicos" (Hech 17, 18).

Estoicos y epicúreos: los estoicos, estrictos racionalistas, eran partidarios del determinismo y cultores del Destino; los epicúreos, fundaban su moral individualista en el azar, apoyándose en la teoría atómica que habían tomado de Leucipo y Demócrito.

En los dos mil años que han transcurrido, sabemos mucho más sobre la estructura de la materia y estamos aprendiendo a dominarla, pero en cuanto a metafísica no hemos ido muy lejos: la ciencia del siglo XX está en tránsito del estricto determinismo newtoniano a una concepción probalística de las leyes del mundo real; *El azar y la necesidad* (Monod), se titula uno de los más celebrados textos metafísicos inspirados por la ciencia actual.

Si San Pablo llegara hoy al Agora de alguna de las capitales culturales y científicas del mundo, probablemente volvería a encontrarse con estoicos y epicúreos, devotos del azar y cultores de la necesidad.

También encontraría que la mayoría de sus habitantes son politeístas, pues si bien no adoran a Afrodita rinden culto al Sexo; no sacrifican a Hermes pero atesoran el Dinero, no creen en Zeus pero adoran al Poder, llámeselo Empresa, Estado o Revolución. ¿Qué falta para que alguien los llame "dioses"?

A gente como esta, San Pablo les predicó el "dios desconocido", en el único discurso en el cual cita a un poeta y usa argumentos filosóficos. Se exponía a ser acusado de "introducir divinidades extranjeras" (cinco siglos antes el justo Sócrates había perecido por la misma causa), por lo cual inicia su discurso con un halago retórico dirigido a los atenienses, a quienes califica como "los más respetuosos de la divinidad" (Hech 17, 22), y habiendo reparado en un altar vacío, consagrado a las divinidades ignoradas para que los viajeros pudieran sacrificar allí, se apodera de esta idea para proclamar: *Lo que vosotros adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar* (Hech 17, 23).

San Pablo no acusa a los atenienses de ser irreligiosos; por el contrario, centra la retórica precisamente en su "religiosidad" ciega que se desperdicia ante los ídolos, que aun ignora Quién es Dios, y sin embargo implícitamente parece buscarlo.

Esta actitud paulina puede muy bien servirnos hoy de inspiración. El mundo de las postrimerías del siglo XX ha sufrido grandes cambios espirituales: son ambiguos en cuanto a su sentido, pero están ahí para interpelarnos.

En muy pocos años, se han precipitado importantes mutaciones, y la situación de creciente secularismo y ateísmo radical que describía *Gaudium et Spes* (nn. 7 y 20), en una perspectiva más reciente parece más responder a los coletazos del siglo XIX que a la culminación del XX.

El análisis que hace el Documento de Puebla, más reciente y circunscripto a la situación latinoamericana, también nos pone en guardia contra el secularismo (n. 435) que caracteriza a la "adveniente cultura universal", impulsada por la mentalidad científico-técnica (n. 421 ss.). Dicha cultura, afirma Puebla, "*nos llega... impregnada de racionalismo e inspirada en dos ideologías dominantes, el liberalismo y el colectivismo marxista* (en las cuales) *anida la tendencia no sólo a una legítima y deseable secularización sino también al secularismo*" (n. 418).

Esta descripción conserva su validez para el subcontinente si se tiene en cuenta que las ideologías llegan a Latinoamérica con cierto retraso, cuando, como la tecnología, están amortizadas. Pero ello no nos impide estar atentos a lo que ocurre en la retaguardia ideológica, teniendo presente que el secularismo puro y simple ya está empezando a quebrarse en sus centros de origen; de modo que aquí también cabe esperar una embestida mágica, que ya se manifiesta en las lecturas y en los medios masivos, y en el vigor misional que despliegan ciertas sectas, con sólido apoyo financiero en el exterior.

En su descripción de la religiosidad popular, es donde Puebla cala más hondo, señalando a la magia, la superstición y el fatalismo entre los factores negativos de origen ancestral que la amenazan (n. 456). En el mismo pasaje menciona a las "*religiones orientales y agnósticas*" (sic) y las sectas.

Esto nos lleva a imaginar qué podría ocurrir si se unieran las dos corrientes, la magia ancestral indoamericana con la magia importada de las culturas "avanzadas". No nos olvidemos que buena parte de los libros del revisionismo cosmológico europeo hacen hincapié en las leyendas y en la arqueología indoamericana; las culturas maya e incaica son puestas en el mismo pedestal que ocupan los egipcios, y se vinculan con la Atlántida y los extraterrestres. Hay una verdadera pasión por conocer la sabiduría de los "buenos salvajes" latinoamericanos, que también está presente en los libros de Castaneda, más ahora que en el siglo XVIII. No olvidemos tampoco que buena parte del "liberacionismo"—que también es una ideología, con todas las limitaciones que ello implica—exaltó el indigenismo sólo para subrayar con gruesos trazos la leyenda negra que envuelve a la evangelización de América; uno de los peligros que se corren es que suscite una hibridación ideológica que combine el liberacionismo político con el anticristianismo reivindicatorio y busque *usar* al paganismo ancestral con fines tácticos de captación; este híbrido podría llegar a contar con el beneplácito del mundo desarrollado, en regreso a un estadio pagano.

El camino que señala Puebla es la evangelización de la cultura (n. 388) y es un camino que pasa por la crítica de las idolatrías (n. 405), viejas y nuevas.

La marea gnóstica y mágica que parece estar subiendo en Occidente es ambigua y llena de peligros, pero no es un producto espontáneo, surgido de la noche a la mañana. Pocas décadas atrás ya se han visto los resultados de un sistema que se fundaba en la alianza entre la técnica racional y la magia ancestral: el racismo hitleriano.

Este fenómeno no debe ser olvidado, pues se trata de la primera tentativa sistemática de revolución neopagana: tiene el valor de un experimento.

La instauración del racismo como sucedáneo mágico de la religión no fue tan sólo un acto dictatorial, sino que se fundó sobre la existencia de un clima espiritual previo. En un libro editado en París en 1926, siete años antes de que Hitler (todavía llamado "el fascista bávaro") llegara al poder<sup>17</sup>, un estudioso francés describe la proliferación de las

<sup>17</sup> Patry, Raoul. *La Religion dans l'Allemagne d'aujourd'hui*. París, Payot, 1926.

sociedades secretas en Alemania, los intentos de "germanización" del cristianismo y las fiestas paganas. Revela que hay teólogos racistas que reniegan de San Pablo o se apoyan en el gnóstico Marción para rechazar el Antiguo Testamento. Nos habla de un ritual blasfemo de bautismo y una liturgia celebrada en 1925, en un templo cristiano, donde se celebra a Dios como "el fuego eterno", entre desfiles de antorchas y grandes fogatas encendidas sobre las colinas, con jóvenes que forman rondas y saltan a través de las llamas. Lo más aterrador es un discurso del agitador Dolle, quien el 10 de agosto de 1923 en Nuremberg anuncia que "para destruir al cristianismo y reemplazarlo por los dioses germánicos" sobrevendrán combates terribles, de los cuales sobrevivirá uno de cada siete alemanes. Una revista pangermanista anuncia que "ya se ve resplandecer el signo sagrado de los grandes antiguos, la runa Tu... el martillo de Donar y la lanza de Wotan, el escudo de Fro y la augusta rueda solar: la cruz gamada...".

Tengamos presentes estos hechos ocurridos una generación atrás, cuando reflexionamos sobre el neopaganismo aparentemente inocuo de ciertos intelectuales. También en Alemania el proceso se inició en los gabinetes de respetados académicos, y muchos de los que hoy atacan al "judeocristianismo" pueden estar soñando con aventuras análogos.

Lo más probable, sin embargo, es que el "politeísmo" sea tan sólo un instrumento destinado a apaciguar las masas para someterlas al gobierno de élites tecnocráticas ateas. El racismo nazi fue también un expediente político para canalizar la neurosis colectiva, y la magia de Hitler sólo pudo cumplir sus designios recurriendo a la ciencia que habían creado judíos, cristianos y liberales para crear una máquina bélica eficaz: su fracaso militar abortó el intento.

Es innegable pues que el nuevo paganismo se proclama anticristiano, pero la pregunta es otra: ¿es históricamente posible un retorno al paganismo, si excluimos la posibilidad de un colapso radical de la civilización?

En los autotitulados "paganos" y "anticristos" del Romanticismo, como Goethe, Heine o Nietzsche, el vocablo "pagano" no pasaba de ser una jactancia. Detrás de su paganismo se esconden motivos que nada tienen de paganos: en efecto, creyeron haberse liberado de la tradición judeocristiana simplemente por haber rechazado la ascética y valorar el cuerpo, el gozo o la pluralidad de las formas: "*Como poeta, soy politeísta; como investigador de la naturaleza, panteísta; y como ser moral, monoteísta*", escribía Goethe a Jacobi. Pero no basta con estas rebeldías para volverse automáticamente contemporáneo de Epicuro; es imposible recuperar la ingenuidad de los paganos, antiguos o primitivos<sup>17</sup>.

Del mismo modo, el neopoliteísmo teórico actual no pasa de ser un subjetivismo trasladado al plano de la convivencia política, cuando no es un artificio retórico para rotular con el ambiguo término de "monoteísmo" a cuanto encuentra de desmedido en el pensamiento occidental, especialmente tal como se manifiesta en Hegel; el retorno sólo

<sup>17</sup> Marcuse, Ludwig. Op. cit. p. 166.

se da en las palabras, y en cambio hay una sacralización de los valores de la sociedad consumista permisiva.

El desafío que nos plantean tanto el renacimiento de las vivencias religiosas más primitivas como las tentativas de alentarlas desde el plano teórico, consiste en que sepamos ofrecer al misterio cristiano como respuesta a todas las búsquedas erráticas del mundo actual. Los signos de los tiempos son ambiguos, y pueden convertirse en *kairós* si acertamos a interpretarlos. Quizás esta "paganización" de una sociedad que sale del ateísmo pueda ofrecer también aspectos positivos. Decía San Agustín: "No desprecies al hombre que para entender realmente lo que antes no entendía, empieza por advertir que no entendía" (*De Anima et ejus origine*, 4, 11, 15). Quizás sea más fácil evangelizar a quienes ya tienen alguna conciencia del misterio que a los ateos, instalados en su humanismo secular...

Nuestra tarea estará en mostrar que detrás del amor, el poder y el espíritu, disgregados por la Modernidad, está el misterio trinitario; que detrás de los falsos mediadores y las figuras míticas de la mediación, está Cristo; que detrás del pesimismo circunstancial, está en curso la historia de la Salvación.

Los astros y el Destino no pueden atemorizarnos, cuando sabemos que con nosotros está el Creador de los astros. Nada tenemos que aprender de supuestos Antiguos, porque el cristianismo es *novedad* eterna: ¿acaso no predicamos la Buena Nueva, y el hombre nuevo, liberado del pecado? No esperamos que nadie venga a salvarnos desde el espacio cósmico, porque ya nos ha venido un Salvador desde más allá de este mundo.

Sin embargo, tendremos que prepararnos espiritualmente para enfrentar a los viejos y nuevos paganismos. Se tratará de no entrar en el juego de la magia, y de ser posible volver contra ella las armas de la razón, una razón menos unilateral y menos ambiciosa que la moderna, pero que constituye el instrumento de la cordura que nos permitirá arrancar las malezas que parasitan a la genuina necesidad religiosa. Debemos adecuar nuestro lenguaje a un mundo cambiante, sin alterar el mensaje; pero sólo conociendo qué ofrecen los falsos profetas estaremos preparados para enfrentarlos.

Pensadores, artistas, educadores y evangelizadores cristianos deberán fortalecer sus criterios de discernimiento, para evitar tanto la ignorancia dogmática como el mimetismo culposo. En particular, los intelectuales deberían prestar más atención a esta problemática actual, en lugar de encerrarse en un desprecio académico por las supersticiones masivas, antes de que esas supersticiones comiencen a derribar sus torres de marfil.

La coherencia de vida, la fidelidad a la Palabra y la recta razón, abierta al soplo del Espíritu, serán nuestras mejores armas; sólo con la ejemplaridad personal podremos hacernos creer en un mundo harto de abstracciones.